

antes al mismo tiempo no pudo abandonar el demonio á
Escobar, el evangelista de paz y santa vida, según el
que según el testimonio de Baso, después de un largo
transito, había ido á reunirse con Virgilio, su hermano.
El cura de Escobar pretendía que Lutero no estaba po-
sible por un espíritu impuro sino ocupado, como era for-
taleza, por una legión de demonios.
Quiso no se admita aun de los cuernos que corrieron
entonces por Alemania acerca del cometa y tanto que se-
na Lutero con los poderes infidels; las universidades noctu-
ras con el demonio, que para mejor hablarlo en la W
dout, como la figura de una dama de la familia de Berlay,
El mismo Lutero cuenta esta visita. Quien abra las fuer-
tas y abierojadas puertas del castillo? Quien la había de-
falo penetrar hasta en solobad? Ciel había sido su mi-
sion, sobre estas cuestiones con Lutero podría darse es-
plicacion, pero guarda respecto á ellas el mas profundo
siguiente. Algunos historiadores reformistas pretenden que
las portadoras del decreto del Emperador, mas se com-
prende por una regular se hubiese conchado la misión á
esta persona que una mujer joven.

los... de los que habían entendido... creyendo...
unos que iban á destruir el catolicismo y los otros á refor-
mar todos se equivocaron. El catolicismo lleva en sí mismo
las condiciones de la moralidad; la reforma contenía un
principio nuevo, más elevado que el antiguo, era un
orden superior á los hombres, el...
CAPITULO XVI.
Lutero había sido el primero á la patria de Dios, pues
había nacido en plena tierra y en las alturas de

DESORDEN EN LAS INTELIGENCIAS LUTERANAS.—1521-1522.

Se han vituperado las formas del decreto imperial con-
tra Lutero, que trasforma al heresiarca en un demonio,
bajo la figura de hombre y el hábito de religioso: la obra
de Alejandro, pintura viva y animada de la herejía moder-
na. El Emperador habla de su fe, de sus antepasados, de
todo lo que ha hecho inútilmente para estirpar el error: su
lenguaje es noble. Quería proscribir de sus Estados impe-
riales los libros luteranos, y que fuesen quemados, donde
quiera que se encontrasen. Las llamas eran el castigo de
los escritos heréticos, y no puede decirse que el Empera-
dor no usó de su derecho.
Mas en algunas ciudades de sus Estados, no habiéndose
llevado con rigor el cumplimiento del decreto imperial, solo
fueron arrojados al fuego los folletos: Lutero y sus secu-
ces hicieron otra hoguera, en que ardieron también las
obras de sus adversarios. A la luz de estas llamas se veía

la sonrisa de los que las habian encendido, creyendo los unos que iban á destruir el catolicismo, y los otros la Reforma: todos se equivocaron. El catolicismo lleva en sí mismo las condiciones de la inmortalidad; la Reforma contenia un principio mucho mas activo que el fuego, principio en cuya virtud se habia constituido entre los hombres: el racionalismo debia vivir largo tiempo.

Habia hecho eco el recurso á la palabra de Dios, puesto en juego en Worms en plena Dieta, y en las alturas de Warburgo. La Reforma estaba llamada á matar el escolasticismo; pero incidió en el extremo contrario de la propension á discutir, llevada hasta el extremo: reinaba en todas partes una verdadera fiebre logomáquica. Medio siglo antes se habia disputado tambien; pero el dogma estaba fuera de combate: ahora se habia puesto en juego por todos los partidos beligerantes, y la Alemania se veia convertida en un país de fatuos, donde cada hombre era una Universidad, y cada escuela pública y cada familia no eran sino una verdadera tribuna, donde se discutia la divina palabra, creyéndose todos iluminados para interpretar los testos divinos.

A la cabeza de esta generacion de doctores inspirados por el Espíritu-Santo, estaba el presbítero Bernard, de Feldkirch, abad de Kemberg, que, habiendo leído en San Pablo *Melius nubere quam uri*, se arrancó la sotana, y anunció al mundo que habia roto sus votos, y que se podia casar públicamente. Era un hombre que á las exigencias de un grande abdómen, mucho mayor que el de Lutero, reunia la embriaguez y la gula, escediendo en la primera á Hesus-Eobanus, y en la segunda á Sickingen, y de una ignorancia tan crasa, que para justificar su incontinencia necesitó de la pluma de Melanchthon, que le hizo la limosna de 24 páginas en octavo. De allí á poco se casó el cura de Hirschfeld, invocando otro verso de San Pablo; poco tiempo despues Carlostadio, encanecido en el servicio de la

iglesia de Todos los Santos, donde habia sido arcediano mas de quince años, queriendo romper las ligaduras, que se le hacian pesadas, y no habiendo podido los años extinguir en él los ardores juveniles, halló tambien en la Biblia una palabra que calmara sus remordimientos: tambien halló otra que hizo ruborizarse á la que debia casarse con él, lo cual hizo reír á Lutero. Un testo de la Escritura, del Viejo Testamento mas bien, fue lo que hizo casarse á Gerbel, de Strasburgo.

A cada voto de castidad que se quebrantaba, Lutero aplaudia desde su ermita, ó mas bien cueva de la Wartburg.

Como si las tentaciones de la carne no fuesen bastante vivas, y los goces del paraíso que Lutero habia prometido á todos los que se casasen no hubiesen sido bastantes á trastornar las cabezas de los pobres monges y religiosas, un dia se vió á la autoridad tocar á la puerta de los conventos, anunciando de parte de Dios y de su Verbo que la clausura estaba rota. Alguno hubo que pidió morir en la soledad; pero sus lágrimas, sus súplicas, no fueron compadecidas, y la reja del asilo de paz, donde habia encontrado la tranquilidad del alma, fue cerrada para siempre. Algunos aceptaron contentos la libertad que se les imponia, y no hicieron mas que salir del estado cenobítico como habian entrado, es decir, por llenar el estómago, como le pasaba al mismo Lutero. Este, por su parte, cuando supo la brutal violencia hecha á la conciencia de los religiosos que rehusaban abandonar su estado, prefiriendo la miseria á la apostasia, afeó lleno de indignacion la conducta de los que la cometieron, y si el Senado se enmendó, fue porque la voz del sajón tronaba, como la voz de Dios, desde las alturas de la Wartburg, haciendo renacer la legalidad. No seremos nosotros los que neguemos nuestra admiracion á la graciosa cólera de Lutero. «¿Qué violencia, gritaba desde su montaña; qué otras armas sino las de la persuasion! El que quierá creer,

que crea; el que no quiera, siga su camino; nadie debe creer á la fuerza: si es conducido á la fe, debe serlo por el ascendiente irresistible de la palabra del Verbo. Oid al Apóstol San Pablo: «Los que nacen á la verdad, deben ser tratados como el niño recién nacido: el dulce alimento maternal al principio, después algunas papillas, más tarde pan y alimentos sólidos.» Así debéis hacer vosotros; así debéis tratar á vuestro prójimo. ¿Qué madre castiga á su hijo cuando rehusa el dulce alimento de sus pechos? Pronto debía mudar de lenguaje.

Trés doctores se vieron entonces, que con la Biblia en la mano decían á la Iglesia católica: «Hijos del error, vosotros os empeñáis en que el matrimonio es indisoluble, y no entendéis la palabra divina.»

Entre estos, Bucero, cuatro veces casado, Capiton, y otros evangelistas, que se les ocurrió decir un día que el hombre, á imitación de los patriarcas de la ley antigua, podía dejar su mujer y tomar otra, y cuantas más quisiera; y no faltaron cátedras donde se enseñó un curso de divorcio y poligamia. Estas predicaciones habían de dar sus frutos. Se vieron, efectivamente, muchos católicos, que después de haber resistido todas las tentaciones de la carne por mucho tiempo, sucumbieron por fin, seducidos por las palabras de estos nuevos casuistas, y rompieron públicamente unos nudos que les oprimían, llevaron á sus casas una concubina, para imitar, como ellos decían, á los hombres del Viejo Testamento; estos se llamaron hijos de la libertad. Strasburgo fue una de las primeras ciudades, y de las más aficionadas al matrimonio de los eclesiásticos: un buen jardín, una casa cómoda, una buena bodega, son cosas demasiado agradables para que desde luego no se acepten.

Por donde quiera que había llegado la voz de Lutero, se propagaban en gran manera todos estos desórdenes. Erasmo, que los había predicho, se reía de las lágrimas del de Worms.

En un momento todas las ideas más disparatadas y la alucinación de que es susceptible una cabeza enferma, se convirtieron en inspiraciones del Espíritu-Santo: nunca la luz divina se había dispensado al entendimiento humano de un modo tan abundante.

La Biblia, como sucede con el cadáver puesto en la mesa del anatómico, sufrió los cortes del escalpelo de cada doctor, como Dumoulin, que más tarde hizo la autopsia de la obra de Dios, y descubrió el error, que había estado como escondido hasta la venida de Lutero: era la época de las glosas y comentarios; pero el tiempo, implacable en sus fallos, le ha hecho la justicia que merecía, convirtiéndola algunas veces en objeto de risa. Entonces se vieron también reformados que, para reconstruir el cristianismo, anunciaron que habían encontrado un argumento irresistible contra la Misa, el purgatorio y el culto de los Santos. ¡La negación de la inmortalidad del alma! Esta idea fue concebida por los refugiados italianos, y merecieron la más cumplida burla. Estos refugiados, habiéndose marchado de Wiltemberg y establecido en Génova, vuelven á encontrarse en 1565, sosteniendo en plena cátedra, con tesis impresas, «que todo cuanto se había dicho y pensado de la inmortalidad del alma era una patraña del Antecristo, inventada para hacer hervir la olla del Papa.» Y citábase á Lutero, que había dicho: «Se ha discutido en gran manera, y se ha querido probar que el alma se había producido por vía de propagación, y había sido infundida en el cuerpo en el momento de la creación: yo sostengo que el poeta tiene razón cuando dice que el hijo sigue al padre.»

